

Sta

Virginia Blanco

Basella 10

San Javier

52

Mi querida Virginia, efectivamente no era pero ni uno el que iba conmigo aquella noche. Era un amigo que me creyo loco al verme silbar desforadamente frente a los murallones, cuadrados, algo antipáticos por fuera, pero bajo los cuales dormia; acaso pensaba en mi la morena de mi corazón. ¿Fui yo quien tosió cuando pasamos frente a una ventana, cerca de la puerta principal? De seguro que no se habrá producido tosió en el mundo que haya hecho palpar mas un corazón? Si ella no fui, me decia mas tarde, me habrá llevado un menudo chasco. Hasta pensé un instante que podria haber sido esa señorita basto que estaba en la puerta de la escuela aquel dia i que parecia decirme, trampa, ¡ándome con sus ojuelos inespresivos, mientras especibamos qui los volriese: i qui viene hacer aqui hombre flaco i rubio con esta graciosa mujercita, oruelo de la escuela i flor i nata de los morenos? Posiblemente la señorita basto no me miro con esos malos ojos que yo sufure i posi-

blemente no fui ella sino Ud. quien torció
al verme pasar. ¡ he repetido yo también
que aquellos días de San Javier han sido
los más felices de mi vida? Los más felices
seguramente si no me atormentara una
cosa: el no haberme atrevido a decir
algo que se me salía a los labios; ¡ que
me conté fuera de lugar en aquel momento.
No se lo dije por exceso de cariño; ¡ ahora
me arrepiento. Pensaba que la preocu-
pación podría llevarla a la escuela; ¡
en medio de esa soledad egoísta de los inter-
nados podía ser para Ud. una verda-
dera tortura. Después pensé que, al contrario,
el tormento podía venir por no haberlo
dicho, aunque ello se subentendiese cla-
ramente. Si, mi querida Virginia, quiero
que Ud. sepa que mi cariño no es momen-
táneo; ¡ que después de conocerla como
eres que la conozco pienso que aun la
quiero más que antes si cabe; ¡ que ahora
sus ojos adorados de franco mirar me
acompañarán en mis pensamientos del
porvenir, en una fraternidad cariñosa

i sincera. Me he acostumbrado tanto a
vivir pensando en t. que ya lo considero
como de mi familia; se me ocurre que ya
es t. mi mujer i que una circunstancia
cualquiera nos separe por algun tiempo.
Ja se que francamente le descubro mi pen-
sar interior; pero no me importa pues de
infantil, pues estoy seguro que si t. me quiere
apreciará lo que eso tenga de sano i de
noble.

Le envío el Amor catódrico, lindo li-
bro aunque irreal en ciertas partes: El amor
de Teresa no concluyo de comprenderlo. Me
parece mas bien una fantasia de poeta,
~~mas~~ que una cosa vivida. La juventud
me parece que ataca a la juventud como
el color de las flores a los insectos; i así como
una abeja se hace en un libro recién
abierto por que sabe que allí hai néctar en
abundancia una mirada de mujer caen
en un corazón de veinte años por que sabe que
ahí hai sentimiento desbordado i generoso.
La edad madura inspira simpatía, amice-
dad o lo que t. quiera, pero no amor. La

mujer que lo cuenta (se citan casos de
muchachos de diecischo años enamorados,
de pretas de cincuenta) es ante todo una
romántica que ve la vida a través
de los libros, y no a través de la vida misma
que es como debe verse la vida.

¡ bracea tod. lo mismo? cuando me
proteste dígame si estamos de acuerdo,
si creíente sin temores lo que pienso
y lo que ocurre.

¡ Qui' tubo de aquello que me iba a col-
gar en el abrigo en San Javier? No sabe en
qui' audiente curiosidad me dejó; espero
que me dirá qui' cosa era o me la en-
viaré por carta.

Lugo,
Mariano

IV - 4 - 1913.



carlo-13